

Se sabía que en los alrededores se reunían las fuerzas todas del Valle, y que las tropas del Sur al mando de Jiménez, pesadilla eterna de los conservadores, se dirigían à Toluca donde se las esperaba para dirigirse con toda la división à Querétaro, foco de las fuerzas imperiales, y sitio destinado para una próxima batalla.

X.

Maximiliano estaba perplejo, acobardado, irresoluto, no se creía seguro en la capital, y marchó con el ejército al interior rodeado de sus generales.

En el camino tuvo un encuentro con la guerrilla de Frago, que salió à inquietar la marcha de los imperiales.

Maximiliano, para darse valor, cargó personalmente sobre los guerrilleros, que según su táctica, después de disparar sus armas sobre la escolta del emperador, se dispersaron.

En buena ley este lance fué una *reclutada*, porque ningún general hace el papel de explorador, comprometiendo su vida, si no es en un lance en que el valor personal decida de una gran batalla, como Napoleón en el Puente de Arcole, como Zaragoza en la batalla de Silao.

El desgraciado archiduque se puso al frente de sus soldados y abrió decidido la campaña, situándose en la ciudad de Querétaro, cuyo ingrato suelo se regaría más tarde con la sangre de uno de los descendientes de Carlo Magno.

CAPITULO DECIMO.

EL 24 DE MAYO.

I.

Miramón instaba en los consejos de guerra celebrados ante Maximiliano, para que se saliera al encuentro de los republicanos, porque de aglomerarse las fuerzas enemigas ya sería empresa difícil sostener con éxito una batalla.

Márquez tenía miedo, porque ese miserable es un cobarde, que ha adquirido alguna fama combatiendo grupos desarmados y sin disciplina.

Márquez es un ente degradado, un harapo sangriento, una sabandija venenosa que hiere á mansalva.

Si pudiéramos en estas páginas dispensarnos de la vergüenza de hablar de ese asesino, lo haríamos gustosos; pero tenemos, para pintar la historia, que hacer lo que las gelondrinas para formar su nido, arrastrarse un momento por el fango.

Márquez, decíamos, tenía un pánico horrible, aconsejaba esperar.

Los republicanos acudían en masa al punto donde los provocaba el estandarte de los grifos.

Escobedo, para establecer sus puntos avanzados, dió un ataque al cerro de San Gerónimo, lanzándose á la vez sobre la fortaleza de la Cruz para llamar la atención del enemigo.

Después de un combate sangriento, los republicanos quedaron dueños del cerro y avanzados sobre la ciudad.

II.

La ciudad de Querétaro está situada en el fondo de una cañada; tiene por vigia las cumbres gigantes del *Cimatario*.

El cerro de las *Campanas*, con su armadura de granito, vela por esa deidad encantadora que humedece su frente en las aguas azuladas y transparentes de sus linfas termales.

Vive solitaria en sus jardines, adormecida por la esencia que se exhala de su naturaleza exuberante y el viento que se abrasa en sus vapores caliginiosos.

Mecida bajo un cielo purísimo, cruza lo por iris y celajes, corona su inmortal cabeza con las rosas de primavera y las húmedas y profusas hojas del verano.

Esa virgen de la montaña se ha tornado en anacoreta.

Su horizonte está cubierto de cúpulas y torres.

Su atmósfera se agobia saturada de incienso, y sus ambientes arrastran por tres veces cada sol el solemne toque *del Ave María*.

La revolución vino á apagar tus cantos religiosos, á transformar tus templos en fortalezas y en prisiones, á improvisar en patíbulo esa pirámide, ara de tus sacrificios, en el Sinaí de tus creencias, de donde se desprendía el aroma de las flores para llegar en alas de los ángeles al trono del Todopoderoso.

Has atravesado por una vía dolorosa para formar uno de los monumentos de la inmortalidad.

No te inquiete el viento de los siglos, ellos pasarán sin rozar con sus alas tu frente de piedra.

¡De hoy más tu nombre se invocará en los cantos de la tragedia humana!

III.

Como lo había previsto el joven general, ya no era tiempo de aventurar una batalla decisiva, porque el enemigo en número considerable, emprendía su obra de circunvalación.

Márquez comprendió que estableciendo un sitio riguroso el ejército caería prisionero, y no quería verse en lance tan apurado.

Maximiliano, influenciado por sus consejos, y dando oído á sus promesas sobre levantar un ejército en la capital y hacerse de recursos, lo nombró lugarteniente del imperio con facultades omnímodas y con órdenes para que el consejo de ministros, árbitro entonces de la situación, se sujetase en todo á las instrucciones del lugarteniente.

Márquez salió el 22 de Marzo por el rumbo de Amealco con ochocientos caballos.

Los sitiadores tenían descubierto ese flanco de la ciudad en espera de Riva Palacio que se acercaba á marchas forzadas.

Márquez estaba salvado desde aquel momento.

Cualesquiera que fuese el resultado de la lucha, él se halla, ba fuera de murallas, y la suerte del emperador y sus compañeros no le inquietaba en manera alguna.

Ese miserable, fingiendo una gran victoria, llegó á la capital donde se inició como en 861, cuando el robo de las convenciones; con empréstitos forzosos en que se daba tormento de hambre y de sed á los que no satisfacían las cuotas señaladas.

El lugarteniente del imperio era el mismo de siempre, como decía en sus proclamas, el hombre-rencor, el monstruo-sangre, la esfinge-parricida!

IV

Riva Palacio había salido el 16 de Marzo de Toluca con una división de cuatro mil hombres y seis piezas de artillería de montaña.

Llegó el 22 frente á la *Cuesta China*, el 23 se situó en la hacienda de Miranda, y el 24 se dirigió resueltamente sobre la ciudad.

Hemos dicho que la parte Sur de Querétaro estaba abandonada.

Esa parte comprendía desde las lomas del *Cimatario* hasta la hacienda de San Bernabé, punto por donde Márquez había practicado su salida la noche del 22.

En la parte Sur de la ciudad está un edificio llamado la *Casa Blanca*, que los imperiales habían fortificado terriblemente.

La Casa Blanca está frente al *Cimatario*, punto que debía ocupar Riva Palacio para cerrar el círculo del sitio.

Media un llano entre el cerro y la Casa Blanca.

En la alameda había fortificaciones para apoyar la izquierda del edificio de que vamos hablando, y entre éste y la alameda había situadas baterías de fuerte calibre.

La Casa Blanca estaba protegida en su flanco derecho por el Cerro de las Campanas.

La posición era punto menos que inexpugnable.

Para establecerse la línea debía darse un asalto falso á la Casa Blanca.

Riva Palacio formó dos columnas de mil hombres cada una, avanzó la caballería por la izquierda y lanzó las masas compactas sobre los dos flancos del enemigo.

La columna derecha la mandaban Vélez y Jiménez; estos nombres tienen un gran significado en el huracán de los combates.

La columna izquierda se confió á Canto y Merino.

Ugalde mandaba la caballería que era muy escasa.

El combate estaba empeñado.

V.

Los imperialistas al ver los preparativos del campo republicano, situaron una fuerza de las tres armas en las calles contiguas á la Casa Blanca y esperaron la llegada de las columnas que avanzaban á paso de carga.

Luego que estuvieron dentro de tiro, las baterías cruzaron sus fuegos y en menos de media hora habían puesto fuera de combate á ochocientos de los asaltantes.

Mientras el valeroso Jiménez, ese espíritu de la serenidad y de la abnegación, alentaba á sus soldados, y Vélez los metía, por decirlo así, sobre los fuegos del enemigo, lo mismo que Canto y Merino, Riva Palacio enviaba por un refuerzo porque sus soldados caían como árboles que desarraiga el huracán.

Las columnas llegaron hasta disparar sus armas sobre el parapeto.

Estaban á medio tiro de fusil.

El auxilio no llegaba aún, cuando la caballería enemiga se

desprendió como una nube de tormenta sobre el llano y se la zó sobre la columna de Vélez y Jiménez, que la recibió à la bayoneta.

Entonces el coronel La Barra con su imperturbable sangre fría se puso al frente de unos escuadrones en que iban los valientes Eulalio Núñez y Figueroa.

Trabóse un combate desesperado y la caballería enemiga tomó iglesia tras de sus parapetos después de sufrir pérdidas considerables.

VI.

En esos críticos momentos llegó el refuerzo mandado por el general Joaquín Martínez.

Aquella columna era la de la juventud.

Allí venían Florentino Mercado, su hermano, Peña y Ramírez, Castañeda y Nájera y tres de los héroes de nuestra novela.

Pablo Martínez saludaba à la libertad con entusiasmo, y à su grito respondía un clamoreo ardiente de patriotismo.

Riva Palacio condujo esta columna personalmente y atacó el centro del enemigo.

Las baterías no cesaban de vomitar fuego, y con él, la muerte y el exterminio.

Una granada cayó entre la columna y reventó con estrépito horrible.

Cuando el humo se hubo disipado, habían desaparecido multitud de aquellos jóvenes patriotas.

Florentino y su hermano quedaban, como buenos, en el campo de batalla.

El bronce tornó à abrir un surco en la columna, entonces Peña y Ramírez, el joven abogado, el patriota desinteresado y valeroso era el que regaba con su sangre la arena del combate.

Pablo Martínez disparó su pistola sobre el parapeto.

Los clarines tocaban retirada.

Las tres columnas comenzaron su movimiento retrógrado en medio del fuego hasta ponerse fuera de tiro en línea de batalla.

La línea de circunvalación estaba establecida.

Los clarines tocaron lista.

¡Ay! cuántos valientes faltaban de entre sus amigos!

¡Ya no volverán nunca à sus filas ni à saludar à su estandarte!

Jiménez llamó con ansiedad al coronel Avilés; éste había acudido antes al llamado de Dios.

Arellano llegó herido mortalmente en brazos de sus compañeros.

El general Riva Palacio tenía fija la mirada sobre el campo donde yacían tendidos los cadáveres de sus soldados.

¡Aquel corazón estaba desgarrado!

Enrique y Don Serafín iban en el grupo de Florentino Mercado.

Un casco de granada había roto una pierna à Enrique y matado à su caballo.

El desgraciado joven, pálido como la muerte y ensangrentado, yacía tirado en el llano y al rayo de un sol abrasador.

—Martínez, dijo llorando Don Serafín, Enrique está ahí y no hay medio de libtarlo.

—¿A dónde? preguntó el guerrillero, rechinando los dientes de coraje.

—Allí, cerca del parapeto; con el auxilio de los anteojos se le ve levantar la cabeza.

Martínez tomó los anteojos, se fijó bien en el lugar donde estaba su protegido, cargó su mosquete y se lanzó à toda carrera hasta el sitio donde estaba el herido.

Una descarga de fusilería recibió al guerrillero.

—¡Echen candela, traidores! gritaba Martínez arriscándose el sombrero y disparando su mosquete.

Los soldados seguían haciendo fuego.

Bajóse de su caballo, que era un arrogante bayo-lobo.

Martínez, decía Enrique, me muero, levántame.

Acercóse Martínez, levantó con cuidado al enfermo, que se desangraba terriblemente, y lo puso sobre el caballo.

El noble animal se estuvo quieto.

—¿Está usted bien? preguntó el guerrillero.

—Sí, murmuró Enrique, bañando con su sangre los arneses del Caballo.

Los soldados de la trinchera estaban empeñados en matar à Martínez.

Un jefe apoyó su rifle en el parapeto, y en los momentos en que Pablo montaba en el bayo-lobo, hizo el disparo.

La bala vino à pasar bajo el brazo de Martínez, y se introdujo en el costado de Enrique.

—Maldición! gritó el guerrillero, y volviendo grupas al caballo, se acercó al parapeto y disparó el mosquete sobre el asesino de Enrique.

Aquel tiro, que viniendo de una mano trémula de coraje no podía tener una puntería certera, por una de aquellas casuali-

dades que no se explican, envió la bala á la frente de quien iba dirigida.

El jefe se derrumbó sobre los adobes de la trinchera, donde dejó los sesos.

—Ya estoy vengado! gritó, Martínez, y se encaminó á su campamento, llevando en brazos á su moribundo amigo,

Cuando los imperiales acabaron de solemnizar su victoria, advirtiéndose que los republicanos habían atacado la Casa Blanca sin ánimo de tomarla, mientras sus columnas formaban un cerco de circunvalación.

Aquel simulacro costó á la patria la existencia de sus hijos más predilectos.

El 24 de Marzo entró en las sombras del pasado, llevando una página gloriosa coronada de cinerarias y siemprevivas.

CAPITULO UNDECIMO.

LAS HERMANAS DE LA CARIDAD.

I.

El hospital de sangre se había establecido en la Fábrica del Hércules, propiedad de D. Cayetano Rubio.

El *Hércules* es un establecimiento modelo, una fábrica de hilados de todo lujo.

En derredor de aquella finca se ha formado un pueblo con la colonia de los trabajadores.

El rico propietario es uno de los hombres de negocios más distinguido por su capacidad.

Rubio no ha hecho negocios en pequeño, siempre ha abarcado algo grande que aduna sus intereses al bien de la clase pobre, avara el trabajo y ocupación.

Rubio estableció las fábricas de Tlálpam, donde un pueblo de operarios bendice su nombre.

Nosotros condenamos el egoísmo de los hombres que entregados al amor tempestuoso de la especulación, no comparan con el desgraciado ni aún sus simpatías; para ellos tendremos siempre un anatema, así como nuestra pluma se honrará siempre en tributar justos y merecidos elogios á los que con su conducta filantrópica llevan al terreno práctico las teorías democráticas.

II.

No hay pluma que pueda llegar á la altura de un espectáculo tan horrible, como el que presenta un hospital de sangre.

Un campo de batalla es un cuadro de felicidad, si se compara con una sala de amputación.

Las camillas de la ambulancia se habían reservado para los jefes.

Los soldados yacían en el suelo agrupados, confundidos, amontonados, mezclando su sangre que corría por el aposento y salpicaba las paredes.

Gritos, maldiciones, rezos, ayes de dolor, todo se confundía.

El estertor de los moribundos se apagaba entre aquellos clamores de la agonía.

En un rincón de la sala y frente á una ventana, estaba colocada una mesa, donde ponían al herido para operarlo.

Aquello era peor que el potro del tormento.

Los médicos de la ambulancia parecían unos carniceros: se habían despojado de las levitas y chalecos; su camisa estaba arremangada en lo alto de los brazos, y sus rostros y camisas todo estaba manchado de sangre.

Luego que el soldado se colocaba en la mesa fatal, lo desnudaban, veían si su herida necesitaba mucho cuidado para evitar la amputación, y donde calculaban que era así, procedían á ella y la ejecutaban rápidamente, sin cuidarse de los horribles gritos y maldiciones del herido.

Los miembros eran arrojados á un patio donde los perros se los disputaban

Cansados los practicantes y médicos, salían á tomar aliento.

Mientras, se morían algunos desgraciados con la pérdida de su sangre.

Cuando se observaba que al grito dejaba de existir, dos de los mismos soldados lo sacaban al patio, donde lo recogían sus madres ó esposas.

Entonces se oían ahullidos espantosos, gritos de desolación y maldiciones al imperio.

Los médicos volvían entrar, y se renovaba aquella escena de sangre, capaz de amedrentar el corazón más empedernido.

III.

Un tumulto de soldados apareció en la puerta de la sala, conduciendo en una parihuela á Enrique, ya próximo á espirar.

—¡Paso! gritaba la voz airada de Pablo Martínez.

Practicantes y mujeres abrieron una calle para que pasase el herido.

¡Hermanas! gritaba el guerrillero, vengan á recibir á este muchacho.

Las hermanas de la Caridad, revueltas entre los heridos, oyendo aquellas blasfemias, socorrian á los enfermos con solicitud evangélica.

¡Pobres jóvenes! sus votos los van á cumplir á esos sitios donde sólo pueden ir impelidas por el espíritu de Dios!

—Madrecitas, este muchacho se muere, yo no quiero verlo, recíbanlo, que pronto doy la vuelta.

Martínez salió del hospital con un nudo en la garganta y la camisa hecha pedazos de tanto tirarla del la lo del corazón.

IV.

Dos *Hermanas* recibieron al enfermo, lo acomodaron en un lugar á propósito, y le descubrieron el rostro.

Las dos jóvenes dieron un grito de sorpresa.

Ambas habían reconocido á Enrique.

—¡Dios mío! dijo una de ellas, ¡qué desgracia!

—¡Quién lo hubiera pensado! respondió la otra.

—¿Le conoces?

—Sí; de casa ha salido para la revolución.

—También ha sido amigo mío.

—Véamos qué podemos hacer por él.

Enrique percibió como en sueños el acento de aquellas voces, que traían las ráfagas apacibles de una memoria.

Entreabrió sus moribundos ojos, y se fijó en las Hermanas de la Caridad.

Una sonrisa apareció en sus labios cárdenos con la proximidad á la muerte.

—¡Clara! ¡Guadalupe! murmuró el herido.

—Sí, somos nosotras, contestó Clara llorando amargamente; nosotras que venimos á auxiliar á usted.

—Sí, Enrique; aquí estamos para cuanto usted necesite, se apresuró á decir Guadalupe.

—No necesito más que de las oraciones de almas tan puras y llenas de virtud, porque tengo la muerte delante de mis ojos.

En esos momentos llegaron los médicos, reconocieron cuidadosamente al herido, y dando una mirada de inteligencia á las Hermanas, les dijeron:

—Necesita reposo; más tarde le operaremos.

Clara y Guadalupe no cesaban de llorar.

—Necesito ver á Pablo Martínez, dijo el moribundo.

—¿Mi hermano está aquí? preguntó Guadalupe.

—¡Sí, él ha sido mi padre!

Clara rogó á un soldado que fuera á llamar al teniente coronel Martínez.

—Era fuerza, continuó Enrique, al fin yo he matado á un hombre.

Guadalupe se estremeció.

—Porque yo os amaba, Guadalupe.....pero al conoceros sentí que estábamos muy distantesdespués os amé como á una hermana.

Guadalupe sentía su corazón opreso.

Yo no provoqué el duelo.....él.....él me obligó á matarle.

Como si á este recuerdo su imaginación se hubiera desperatado al vértigo de la calentura, comenzó á delirar, luchando con la muerte.

—¡Es la noche!.....los árboles son espectros que me siguen.: ...¡Dios mío!.....cae una lluvia ardiente.....¡estoy empapado en sangre!..... ¡qué horror!.....¡asesino!.....¡asesino!.....

Quiso hablar el moribundo, pero su voz se convirtió en un estertor horrible, aspiración del aliento al arrancarse de nuestro pecho para siempre.

Pablo Martínez se arrodilló junto al moribundo y escondió su rostro entre la manta ensangrentada de la camilla.

Sólo se oía el ronquido de la agonía y el apagado rezo de las Hermanas de la Caridad.

Después de algunos momentos levantó el guerrillero la cabeza y fijó su mirada en aquel semblante descompuesto, ya inmóvil y cubierto con las sombras de la muerte.

Enrique había espirado.

Pablo Martínez acercó sus labios á la frente helada del cadáver y la besó con respeto.

Entonces acercó su rostro al de su amigo y lo bañó con silenciosas lágrimas.

Las Hermanas habían desaparecido.

V.

Pocos momentos después y ya cuando el guerrillero había vestido á Enrique y tendídole en una mesa del cuerpo de guardia, llegó Don Serafín.

Detúvose en la puerta, contempló el cadáver de su amigo, y vió á Pablo Martínez en un rincón de la pieza velando el cuerpo de Enrique.

Entonces el infeliz joven rompió á llorar como una mujer.

Perdía al mejor de sus amigos, al más querido de sus compañeros.

Todos los sueños, todo el mundo de ilusiones que habían forjado en el turbióñ revolucionario.

Se quedaba solo en sus horas de infortunio desaparecían para siempre, se desvanecían ante aquel cadáver ensangrentado.

Don Serafín recibía el primer desengaño y ya en los momentos en que todo auguraba un próximo triunfo.

Los compañeros llegaron después con la caja hecha por los carpinteros de la fábrica de Hércules.

Unos soldados hacían la guardia al jefe republicano muerto en el campo de batalla.

Hay seres que hasta en la muerte les alcanza la desgracia.

Florentino Mercado desapareció de entre los cadáveres sin saber quién lo había recogido.

Peña y Ramirez corrieron la misma suerte.

En vano sus amigos han buscado un sitio para levantar un monumento, ni una cruz ha podido colocar la piedad cristiana.

Se ignora el lugar donde esos mártires duermen el sueño eterno.

Pero queda un campo lleno de recuerdos gloriosos, una fecha que arroja el nombre de los héroes de ese día, y unos muros derruidos y salpicados de sangre.

Esos muros se llaman "La Casa Blanca."

¡La fecha es el 24 de Marzo de 1867!



CAPITULO DUODECIMO.

LA MARTINICA.

I.

El sitio de Querétaro se había estrechado y día á día se libraban encuentros y se empeñaban combates parciales.

Porfirio Díaz había llegado al frente de Puebla y ocupaba el perímetro de la ciudad, sin dar tregua á los imperiales, que se sentían ahogar en un círculo de hierro candente.

Márquez había llegado el 27 de Febrero é ignoraba la acción de armas del 24.

Se anunciaba á la imperial ciudad como lugar teniente de la monarquía mexicana.

El advenimiento al poder del asesino de Tacubaya, tenía consternada á la ciudad, que juzgaba de mal agüero este acontecimiento.

Inauguróse Márquez con la imposición de un préstamo forzoso para socorrer á la división de 5.000 hombres que debía conducir personalmente al sitio de Querétaro.

Entretanto se hacían los preparativos para la marcha, se mandó poner en todo su vigor la circular de 3 de Octubre para reprimir los conatos revolucionarios que ya se dejaban sentir en el mundo político.

Las prisiones estaban á la orden del día, y la autoridad política encargada, á O' Horán, tenía más ojos que los animales del Apocalipsis.

Se desconfiaba de los más ardientes partidarios del imperio; las casas y los ciudadanos se vigilaban tenazmente, deseando dar un espectáculo de sangre para moralizar á una sociedad que había perdido su fé en los hombres y las instituciones,

No se respetaba ni á los extranjeros.

Márquez sabía que el ejército francés no regresaría de sus transportes para defender uno de sus nacionales, cuando los dejaba á merced de la revolución triunfante.

II.

Entretanto, el señor de Fajardo llevaba algunos días de estrecha comunicación en la Martinica.